

HOMILÍA DE MONSEÑOR PEDRO TORRES
EN OCASIÓN DE LA ORDENACIÓN DIACONAL DE
DAVID COLOMBATTO, DANIEL MASSACECI Y LEANDRO WALKER
Parroquia "San Carlos Borromeo", de Sunchales
Viernes 28 de noviembre de 2025 / 20:00 hs.

Queridos hermanos:

El Señor nos conoce personalmente y ama a todos y a cada uno. Cada bautizado, cada uno de nosotros podemos decir, como Jeremías: *La palabra del Señor llegó a mí en estos términos: «Antes de formarte en el vientre materno, yo te conocía; antes de que salieras del seno, yo te había consagrado, te había constituido profeta para las naciones.»* Dios nos pensó desde la eternidad y en la vida vamos reconociendo qué soñó para nosotros.

El querido Papa Francisco nos advertía repetidamente, en sintonía con el profético **Concilio Vaticano II**, que estamos atravesando una crisis antropológica. San Juan Pablo II decía que la gracia más grande del Siglo XX fue el Concilio Vaticano II. Y el Papa Benedicto decía **"es la brújula que nos orienta en el Siglo XXI"**, en el nuevo milenio. Ese concilio precisamente se estructuró desde dos grandes preguntas: Iglesia ¿qué dices de ti misma? Y la segunda: ¿Qué es el hombre? Una pregunta que en los Padres conciliares surgía desde el Salmo 8, desde el asombro de descubrir un Dios que ama al hombre, que confía en el hombre. El Papa León expresaba que *vivimos en un mundo enfermo de desesperanza pero que ansiamos que este Año Jubilar de la Esperanza nos ayude a curar*. En medio de este tiempo de gracia, el Señor de la historia nos ha ido regalando luces para el camino y las hemos reconocido en los santos de hoy y de ayer, que son un signo de esperanza.

En 1978 Dios mostró a un hijo amado, Albino Luciani, Beato desde 2022, al que conocimos como el Papa de la sonrisa (Juan Pablo I), gran catequista. Cuando era Patriarca de Venecia escribía cartas a personas de la historia y sacaba sabias enseñanzas para la vida. Una de estas cartas, de 1973 fue escrita a Hipócrates (médico griego del siglo V a.C.) y allí enseña sobre los temperamentos. El Patriarca pone a prueba, con mucho humor, el desarrollo de los cuatro temperamentos con un simple ejemplo: el de un hombre que intenta escalar una pared y muestra cómo actúa frente a la pared el impulsivo, el flemático, el irascible y el melancólico... **Somos únicos e irrepetibles, iguales en dignidad, pero diversos en dones, carismas, ministerios, e incluso en estructuras personales que traemos de la cuna.** Y estamos invitados a participar de una sinfonía de la belleza de la vida. Otro santo decía que la historia es como un tapiz que se va tejiendo desde la diversidad de colores y dones y que, por ahora, solo ve Dios desde arriba, al que cada uno aporta desde su realidad personal y comunitaria. Sobre esta diversidad, que tiene dones y límites, San Agustín decía que hay que conocerla: *que me conozca Señor para humillarme, para ser humilde y que te conozca Señor para alabarte.*

En el caminar desde esa diversidad vamos forjando lo que los autores latinos llamaban una *"forma mentis"*. Hace mil años, un filósofo francés, Abelardo, muy leído por los santos de la Edad Media, dio la base teórica a esta expresión: "forma mentis" es una locución latina que significa "forma de la mente", refiriéndose a que cada uno tiene un modo de pensar, sentir y actuar, cada persona y cada grupo, a

menudo influenciado por la educación y el contexto cultural. Este término se usó en filosofía y psicología para describir que cada uno interpreta la realidad de diversas maneras, para referirse al modo de pensar o actuar de un individuo o colectivo. En el ámbito jurídico se utiliza para evaluar la competencia mental de una persona; en el ámbito del diseño, para hablar de los estilos. Así, el médico, el abogado, el ingeniero, el agricultor, el administrativo, las amas de casa, el consumidor, el productor, el vendedor, el interesado, el indiferente; todos tenemos un enfoque que es bueno reconocer, que llega a formar un núcleo que da luz a nuestro modo de acercarnos a la realidad, lo cual es para valorar y también para relativizar esa “forma mentis”.

De hecho, en la formación sacerdotal, en un documento sobre la teología, el intento es que cada uno con esa realidad personal descubra cual es **la “forma mentis” de Jesús: como miraba Jesús, como sentía Jesús**. Es asombroso caer en la cuenta de que el ministerio de Jesús, **su Ser servidor, que se prolonga en los diáconos**, como describe cada oración litúrgica de esta celebración, es un tesoro que se entrega en vasijas de barro. Somos vasijas de barro y nadie puede agotar el misterio de Jesús. Y todo lo tenemos que transparentar, descubriendo que **Jesús me hace servidor con su gracia y esto enriquece mi vida, pero no sustituye mi identidad**.

Todo esto, lo intuye **Pablo** cuando invita en Filipenses 2: “*Tengan los mismos sentimientos que Cristo Jesús*”. Un autor, poeta y cantor actual, Cristóbal Fones, jesuita, dice: “*A su modo*”. **Jesús, cuando te contemplo descubro un modo**. Cada santo es testigo de esto, de modos diversos, nosotros también. Esta es la experiencia de **Jeremías**, de la primera lectura, descubriendo que el amor de Dios supera sus límites, sus excusas. Jeremías dice “No sé hablar, soy pequeño”, pero luego también dice: “*¡Me sedujiste Señor, y yo me dejé seducir!*” Me venciste, fuiste más fuerte que yo y por eso voy, porque me ganaste, porque me enviaste. Esa es la experiencia de **David**, era niño y aprendió que los hombres miran la apariencia y Dios mira el corazón. Ni su papá la había tenido en cuenta y lo había dejado trabajando en el campo. Y es a quien Dios había mirado, había elegido, enviado, en total desproporción, a luchar contra un gigante con una honda y cinco piedras.

En ese marco, Jeremías, David y Pablo nos invitan a **ser como niños**. Un día cuando estaba en el seminario, que es una casa de formación donde hay obras de arte, pinturas, hay cosas antiguas, entre mis familiares vino una niñita a visitarme y me dijo... “¡qué lindo lugar...que lindo lugar para andar en triciclo!”. La “forma mentis” de un niño es sin prejuicios, sin esquemas, de total simplicidad. **Hacerse como niños es descubrir esa creatividad del amor, es dejarse amar porque Dios nos amó primero**. Los niños se dejan abrazar, alzar, cuidar. Santa Teresita de Lisieux descubrió y formuló con sencillez, pero con una profundidad tal, este camino de la infancia, que un gran teólogo, Balthasar, dijo: fue la única teología original del Siglo XIX, algo que ya sus padres espirituales, Teresa de Ávila, y Juan de la Cruz habían descubierto: **en el corazón de la Iglesia, del mundo, del hombre está el amor**. Esa es nuestra Vocación, estamos creados para amar, nuestra vocación a la santidad pasa por aprender a amar como niños, con total abandono a Dios.

La vocación es razonable porque Dios nos creó por amor, pero desborda la razón. Y hay razones que la razón no entiende. El amor es afección, es descentramiento, es generación y creatividad, es hospitalidad y afrontamiento <es decir, hacerse cargo>, es don y entrega, es encuentro y comunión, es fiesta, es éxtasis y visión, es perderse para encontrarse, es gozo y paz, es la fuente de toda plenitud en medio de nuestra pequeñez, es grandeza y sencillez, es sublime, es gratuidad. El amor es gratis, no somos dignos, nos desborda.

Ustedes saben del amor en la esponsabilidad, en la paternidad, en la fraternidad, en la amistad, en la abuelidad, siendo abuelos es que descubren un modo de amor aún más gratuito que en la paternidad. Hoy reciben una gracia que los conduce a amar con otra dimensión nueva que implica siempre más. Porque dice Pablo *“si tuviéramos todo, y nos falta el amor no servimos para nada”* (1Cor. 13). Por eso, hoy celebramos que Jesús quiere expresar el amor en los servicios más pequeños: **el diácono es el servidor de la Palabra, de la Mesa, pero principalmente de los pobres, de los que necesitan un gesto de consuelo, de las viudas, de los desvalidos.**

Yo me preguntaba ¿Qué podría regalarles? Para hacer signo está vocación de amor nueva, que no anula su identidad, no anula su personalidad, no anula los vínculos anteriores, sino que los plenifica. Tienen que ser mejores esposos, padres, hermanos y amigos, no como un deber sino como un impulso del Espíritu. Pensé en regalarles una brújula, la brújula del Concilio: récenlo, déjense iluminar. Pensé también regalarles un delantal que es signo del servicio. Un obispo, Tonino Bello, decía: cuando Jesús, en la última cena, se levantó de la mesa y se ató la toalla como un delantal nunca dice que se la sacó. Somos siempre servidores. Pensé en regalarles una canción, vale la pena meditar “Tu modo”, de Cristóbal Fones. Sean diáconos al modo de Jesús.

Me conformé con regalarles **una estampa, que exprese que servimos a una Diócesis con una identidad concreta.** Podría ser La Guadalupana, podría ser, al estar en esta casa, la de la Virgen del Perpetuo Socorro, podría ser la **Virgen del Milagro de Saguier**, la única imagen que yo conozca que presenta a la Virgen de rodillas y sanando, vendando heridas. María que, con los sentimientos del Hijo, sigue acompañándonos y sirviendo. Se la regalo a ustedes, se la regalo a todos: es la Virgen del Santuario de la diócesis.

En María aprendemos una ley que resume todo lo que he dicho, que aparece en la historia de la salvación desde el acto creador de Dios: **Que lo que no es, sea por amor.** Cuando hacemos algo, que sea por amor, que la creatividad pastoral nazca del amor. Y eso va a hacernos ser lo que somos. A Juan Pablo II le encantaba decir a las familias: “Familia sé lo que eres”. Obispo sé lo que eres, diáconos sean lo que son, presbíteros sean los que son, bautizados, confirmados vivamos nuestra identidad de hijos, de discípulos, de misioneros, de enamorados. Un cristiano que no se enamora del que nos amó primero vive la religión como una carga. Y esa no es la verdad, la verdad es que hemos recibido el Espíritu para vivir con los sentimientos del Hijo.

Queridos hermanos, gracias por su sí, y gracias por permitirnos recordar que si Dios los llama hoy es porque los ama y los invita a ser testigos del amor. En este año decimos: **Jesús es nuestra Esperanza y la esperanza no defrauda porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones.** Rumiemos esto y vivamos con gozo, aún en las pruebas más grandes, porque lo que vence el dolor no es la reciedumbre, sino amar sabiendo que el Amor vence la muerte y el pecado, que el Amor se extiende hasta la eternidad, que el Amor no pasará jamás.